

CAPÍTULO VI

Ruptura del armisticio

Furiosos los *lazzaroni* al ver que se les había escapado el general Mack, quisieron aprovechar en algo el viaje.

Por consiguiente, se arrojaron sobre las avanzadas francesas, las cuales tuvieron que retroceder ante el inesperado ataque de aquellos energúmenos. Pero, á los primeros tiros, Championnet envió á Thiebaut á informarse de lo que ocurría; éste contuvo á los hombres que aquella irrupción imprevista había desordenado y dió una carga á la muchedumbre en el momento en que traspasaba la línea divisoria de ambos ejércitos. Después de derrotar á los invasores y de ponerlos en precipitada fuga, Thiebaut dejó de perseguirlos y se detuvo en los límites marcados al ejército francés.

Dos acontecimientos habían roto la tregua: la alta de pago de los cinco millones que debían entre-

garse el 15 según lo convenido, y el ataque de los *lazzaroni*.

Los veinticuatro diputados de la ciudad comprendieron que aquellos dos insultos hechos á un vencedor, iban á exponerlos á graves peligros, puesto que naturalmente debían determinarle á marchar sobre Nápoles.

Á fin de conjurarlos, el 19 de Enero se dirigieron á Caserta, en cuyo punto había establecido Championnet su cuartel general; pero no tuvieron necesidad de ir tan lejos: Championnet había avanzado hasta Maddalone.

El príncipe de Maliterno marchaba á la cabeza de la comitiva.

Como sucede siempre en semejantes casos, todos se pusieron á hablar á un mismo tiempo, no bien se hallaron en presencia del general francés. Unos amenazaban, otros pedían la paz humildemente, otros arrojaban á la faz de los franceses retos de guerra.

Championnet los escuchó durante diez minutos con su afabilidad y paciencia ordinarias; pero viendo que era imposible entender una palabra de lo que vociferaban:

— Señores, les dijo en excelente italiano; para que lleguemos á entendernos, bueno sería que uno

solo tuviese la bondad de explicarse en nombre de todos.

Luego, dirigiéndose á Maliterno, al cual reconoció por la cicatriz que le surcaba la frente y la mejilla:

— Príncipe, añadió, si maneáis la palabra tan bien como maneáis el sable, nadie más idóneo que vos para defender los intereses de vuestro país. ¿ Queréis hacerme el honor de decirme la causa que os conduce hasta mi tienda? Os escucho con la mayor atención.

Esta breve arenga hizo enmudecer á los diputados, los cuales dieron un paso atrás y dejaron al príncipe de Maliterno el cuidado de defender los intereses de Nápoles.

No teniendo la pretensión, como Tito Livio, de redactar los discursos de los oradores que ponemos en escena, nos apresuramos á decir que no cambiamos ni una palabra al texto del que pronunció Maliterno.

— General, dijo dirigiéndose á Championnet, la fuga del rey y la de su representante el vicario Pinatelli deja en manos de la municipalidad de Nápoles la gobernación del reino. Por consiguiente, podemos ajustar con V. E. un tratado legítimo y durable.

Championnet no pudo menos de sonreír al escu-

char el título de *excelencia* dado á un general republicano.

Maliterno continuó, sacando un cartapacio.

— Este escrito contiene los poderes de los diputados que se hallan presentes. Las diez millas que os separan de Nápoles, tal vez os parezcan un espacio fácil de salvar, á vos, que á la cabeza de un ejército victorioso, habéis venido á paso de ataque desde Cívita-Castellana á Maddalone; cuando reflexionéis que estáis rodeado por todas partes de pueblos armados y valientes y que sesenta mil ciudadanos en pie de guerra, cuatro castillos y numerosos buques defienden una ciudad de quinientos mil habitantes, á quienes la religión y la independencia llenan de entusiasmo, comprenderéis que ese espacio es inmenso, infranqueable. Pero suponed que la victoria continúe siéndoos fiel, suponed que entréis vencedor en Nápoles: ¿ podríais manteneros en vuestra conquista? ¡ De ningún modo! Esto supuesto, el mejor partido es firmar la paz con nosotros, que os ofrecemos, no solamente los dos millones y medio de ducados que se estipularon en el tratado de Sparanisi, sino cuanto dinero pidáis, siempre que vuestras pretensiones no traspasen los límites de lo razonable. Además, ponemos á vuestra disposición á fin de que podáis retiraros, víveres, carros, acémilas

y caminos de cuya seguridad os respondemos... Habéis obtenido grandes triunfos, os habéis apoderado de cuatro fortalezas, cogido banderas y cañones y hecho un gran número de prisioneros: nosotros venimos á ofrecer un tributo y á pedir la paz como á un vencedor, para que podáis conquistar á un mismo tiempo gloria y dinero. Considerad, general, que somos demasiado débiles para resistiros y que si nos concedéis la paz que solicitamos, si consentís en no entrar en Nápoles, el mundo entero aplaudirá vuestra magnánima conducta. Por el contrario, si la desesperada resistencia de los habitantes de Nápoles, de la cual estamos seguros, os obliga á levantar el campo, no recogeréis sino la vergüenza de haber sufrido un descalabro al fin de vuestra empresa.

Championnet escuchó, no sin asombro, este largo discurso que le parecía una lectura más bien que una improvisación.

— Príncipe, le respondió políticamente, aunque con bastante frialdad, se me figura que padecéis un grave error: habláis á los vencedores de igual manera que hablaríais á los vencidos. La tregua se ha roto por dos razones: primera, porque no pagasteis el día 15 la suma que debíais pagar; segunda, porque vuestros *lazzaroni* han venido á atacar nuestra línea. Así, pues, mañana marchó sobre Nápoles;

haced vuestros preparativos de defensa; yo tengo hechos los míos para entrar en él.

Los diputados y el general cambiaron un frío saludo, y, mientras que éste volvía á entrar en su tienda, aquéllos tomaron el camino de Nápoles.

En los días de revolución, así como en los días borrascosos del estío, el tiempo cambia con extraordinaria rapidez, y el cielo que amanece sereno y despejado suele cubrirse de nubes sombrías y amenazadoras antes que llegue la tarde.

Al ver que Maliterno marchaba con los diputados de la ciudad al campo francés, los *lazzaroni* creyeron que les hacían traición, y sublevados á la voz de los sacerdotes que predicaban en las iglesias y de los frailes que vociferaban en las calles, tratando de cubrir con el manto real el egoísmo eclesiástico, se abalanzaron al convento en que habían depositado sus armas, las empuñaron de nuevo, y revocando á Maliterno la dictadura que le habían concedido la víspera, nombraron jefes, ó mejor dicho, volvieron á entregar el mando á los antiguos.

Habíanse abatido las banderas reales; pero aun no se había inaugurado el pabellón popular.

La bandera del rey volvió entonces á ondear en todos los edificios públicos.

El pueblo se apoderó de ocho cañones, los arras-

tró por las calles y con ellos formaron baterías en la de Toledo, en Chiaia y el Largo delle Pigne.

En seguida empezaron el pillaje y las ejecuciones. Las potencias que Maliterno había levantado para ahorcar á los ladrones y á los asesinos, sirvieron para ahorcar á los sospechosos de connivencia con los franceses.

Un esbirro *borbonista* denunció al abogado Fasulo : los *lazzaroni* asaltaron su casa, y apenas tuvo tiempo de salvarse con su hermano por la azotea. En su vivienda encontraron un escondite lleno de escarapelas francesas, y ya iban á degollar á la joven é inocente hermana de los fugitivos, cuando ésta se abrazó á un gran crucifijo que había en el cuarto. El terror religioso contuvo á los asesinos, los cuales se contentaron con robar cuanto hallaron á mano y con pegar fuego á la habitación.

Por fortuna para Maliterno, algunos de los que huían del furor del populacho le avisaron al volver de Maddalone de lo que pasaba en Nápoles.

Entonces envió dos emisarios, cada uno con un billete de cuyo contenido les dió conocimiento. Si los *lazzaroni* los prendían, debían destruirlos, aunque tuvieran que tragárselos, y como sabían el contenido de memoria, desempeñar su misión, si escapaban de manos de la plebe.

Uno de aquellos billetes era para el duque de Rocca-Romana : Maliterno le indicaba el lugar donde se hallaba oculto, invitándole á que fuese á buscarle á la caída de la noche con una veintena de amigos.

El otro era para el arzobispo monseñor Zurlo, al cual ordenaba, so pena de muerte, que á las diez en punto de la noche mandase echar á vuelo todas las campanas, reuniese en la catedral á todo el cabildo eclesiástico y expusiese la sangre y la cabeza de San Gennaro.

Lo demás corría de su cuenta.

Dos horas después, los dos mensajeros llegaron sin accidente al término de su viaje.

Rocca-Romana se presentó solo á eso de las siete; pero anunció que sus veinte amigos se hallaban pronto y que acudirían á la cita que les había dado.

Maliterno le dijo que volviese á Nápoles inmediatamente y que á media noche le esperase con sus veinte amigos en la plaza del convento de la Trinidad, á cuyo punto iría á reunirlos. Al mismo tiempo le recomendó que allegase el mayor número posible de servidores y que todos fuesen bien armados.

El santo y seña eran las palabras *patria y libertad*.

De nada más tenían que ocuparse : Maliterno respondía de todo.

Sin embargo, Rocca-Romana debía volver en seguida que diese la orden. Suponiéndolos ausentes á entrambos, escribirían á Manthonnet, quien por su parte se hallaba también prevenido.

Con arreglo á la orden recibida, el cardenal arzobispo echó á vuelo todas las campanas á las diez en punto.

Al escuchar aquel ruido inesperado, aquella inmensa vibración semejante al vuelo de una banda de pájaros de alas de bronce, los *lazzaroni* suspendieron asombrados su obra de destrucción y de muerte. Unos, creyendo que era una señal de regocijo, dijeron que anunciaba la fuga de los franceses; otros, por el contrario, imaginaron que los enemigos atacaban la ciudad y que aquel repique era el toque de rebato que los llamaba á las armas.

Todo el mundo corrió á la catedral para salir de dudas.

Allí encontraron al arzobispo, en medio de su clero y de un millar de cirios que convertían la iglesia en ascua de oro, oficiando en traje pontifical. Sobre el altar mayor estaban expuestas la cabeza y la sangre de San Gennaro.

Sabida es la devoción que tienen los napolitanos

á las santas reliquias del protector de la ciudad. Á la vista de aquella sangre y de aquella cabeza, — que quizás han desempeñado en política un papel más importante que en religión, — los más exaltados y furiosos empezaron á apaciguarse y todo el mundo se hincó de rodillas y se puso á rezar, lo mismo la muchedumbre que llenaba el templo, que aquellos que por no caber en la iglesia habían tenido que permanecer en la calle.

Entonces el clero, con el cardenal arzobispo á la cabeza, salió procesionalmente de la catedral y empezó á recorrer la población.

Vestidos de luto, los pies descalzos y los ojos arrasados de lágrimas, iban á derecha é izquierda del prelado el príncipe Maliterno y el duque de Rocca-Romana, como representantes del dolor popular. Al ver en traje de penitentes, implorando la cólera de Dios contra los enemigos de Nápoles, á los dos patricios más elevados á quienes momentos antes denunciaban como traidores, nadie pensó ya en acusarlos, sino en rezar y en humillarse como ellos. El pueblo entero siguió en procesión las santas reliquias que llevaba el arzobispo y volvió á la catedral después de haber recorrido una porción de calles.

Maliterno subió entonces al púlpito y pronunció

un discurso en el cual dijo al pueblo que San Genaro, protector divino de la ciudad, no permitiría que cayese en poder de los franceses; que su opinión era que todo el mundo debía retirarse á descansar de las fatigas de la jornada, á fin de que al amanecer del día siguiente pudiesen estar con las armas en la mano aquellos que desearan defender la patria.

Terminado el discurso, el arzobispo echó la bendición á los circunstantes, y todo el mundo se retiró repitiendo las palabras del príncipe :

« San Genaro nos protege y los franceses no podrán con nosotros. »

Poco tiempo después, la iglesia y las calles estaban solitarias : entonces Maliterno y Rocca-Romana cogieron las armas que habían dejado en la sacristía y, deslizándose á favor de las sombras, se dirigieron á la plaza de la Trinidad, donde los estaban esperando sus amigos.

Allí encontraron á Manthonnet, á Velasco, á Schipani y treinta ó cuarenta patriotas.

El objeto de la cita era apoderarse del castillo de San Telmo, en cuyos calabozos, según recordará el lector, se hallaba prisionero Nicolino Caracciolo. Inquietos por la suerte de su hermano y amigo, Rocca-Romana y sus compañeros habían decidido

libertarle por medio de un golpe de mano, comprendiendo que Nicolino, que tan milagrosamente había escapado al tormento, no podría menos de morir si los *lazzaroni* se apoderaban de aquella fortaleza, la única que por su posición inexpugnable se habían abstenido de atacar.

No atreviéndose el príncipe de Maliterno, durante sus veinticuatro horas de dictadura, á poner en libertad á Nicolino por temor de que los *lazzaroni* le acusasen de traición, había introducido tres ó cuatro hombres de confianza entre los soldados que guarnecían la fortaleza, y sabido por uno de aquellos hombres que las palabras *Partenope* y *Pausilipo* eran en la noche del 20 al 21 de Enero el santo y seña del castillo.

Esto supuesto, he aquí lo que Maliterno pensaba hacer : simular una patrulla que iba de la ciudad á llevar órdenes al gobernador del fuerte y apoderarse de él por sorpresa.

Por desgracia, Maliterno, Rocca-Romana, Manthonnet, Velasco y Schipani eran demasiado conocidos para tomar el mando de la fingida patrulla, y tuvieron que confiársele á un hombre del pueblo, quien, poco familiarizado con los usos de la guerra, pronunció la palabra *Napoli* en lugar de *Partenope*, creyendo que daba lo mismo. El centinela conoció

el fraude, llamó á las armas y los asaltadores fueron acogidos á tiros y á cañonazos. Afortunadamente, ninguno de ellos salió herido.

Este fiasco era grave por dos conceptos: primero, porque Nicolino Caracciolo quedaba hasta sabe Dios cuándo en los calabozos del fuerte; segundo, porque Championnet no podría recibir la seña convenida con los republicanos.

El general francés había prometido estar delante de Nápoles el día 21 de Enero, y en cambio, los patriotas habían ofrecido á Championnet que á su llegada vería, en signo de alianza, ondear la bandera tricolor sobre los muros del castillo de San Telmo.

Habiéndose frustrado el ataque de aquella noche, érales imposible cumplir la palabra empeñada.

Debemos decir que Maliterno y Rocca-Romana, ignorando lo convenido entre los patriotas y el general francés y no proponiéndose más objeto que libertar á Nicolino Caracciolo, eran aliados, pero no cómplices, de los republicanos.

Esto no obstante, no fué chico el asombro de unos y otros, cuando al amanecer del día siguiente vieron flotar la bandera tricolor francesa sobre las torres del castillo de San Telmo.

CAPÍTULO VII

Un carcelero que se humaniza

El lector recordará que á consecuencia de la carta que Roberto Brandi, gobernador del castillo de San Telmo, entregó al fiscal Vanni, éste suspendió los preparativos de tortura y mandó que volviesen á llevar á Nicolino al calabozo núm. 3, « segundo piso bajo el entresuelo, » como decía el cautivo.

Roberto Brandi no conocía el contenido del billete que el príncipe de Castelcicala dirigía á Vanni; pero por la repentina palidez que cubrió el rostro del fiscal, por la orden de conducir á Nicolino á su calabozo y por la premura con que abandonó la sala del tormento, no le fué difícil adivinar que la carta en cuestión le anunciaba alguna gravísima noticia.

Á las cuatro de aquella tarde el gobernador supo, como todo el mundo, por las proclamas de Pronio,

que el rey estaba de regreso en Caserta; por la noche presenció desde las almenas de su castillo, el triunfo del monarca, y recreó la vista con las iluminaciones que le siguieron.

La causa de aquella inesperada y repentina vuelta le dió mucho en qué pensar.

Roberto Brandi comprendió que el fiscal había suspendido la tortura de Nicolino por temor á los franceses. En seguida se dijo que si éstos entraban en Nápoles, cosa que podría ser muy posible, quizás le pedirían cuenta de la prisión del joven patriota, á quien no había tratado muy humanamente. Sentadas estas premisas, decidió granjearse, por lo que pudiera ocurrir, la amistad del prisionero.

Á eso de las cinco de la tarde, esto es, á la misma hora en que el rey entraba por la puerta Capuana, el gobernador de la fortaleza mandó abrir el calabozo de Nicolino, y aproximándose al preso, le dijo con la mayor política:

— Señor duque, si mal no recuerdo, os quejasteis hace poco al señor fiscal Vanni del aburrimiento que os causaba la falta de libros.

— Tenéis excelente memoria, señor Brandi, respondió Nicolino con inalterable y sempiterno buen humor; cierto es que me quejé. Cuando gozo de

libertad, en vez de hacer el buho metido en un rincón, prefiero imitar á los mirlos y á las alondras que pasan la vida cantando y volando de rama en rama; pero una vez enjaulado, como ahora, confieso que me entretiene más un libro, por soporífero que sea, que la conversación de nuestro amable carcelero (á quien Dios bendiga) el cual responde á cuantas preguntas le hago con los monosílabos *sí, no*, sin que haya poder humano que le saque otras palabras del cuerpo. ¡ Si supierais qué tesoros de elocuencia desperdicio todos los días inútilmente!

— Pues bien, señor duque, voy á tener el honor de mandaros algunos libros; y si tuvierais la bondad de indicarme cuáles serían más de vuestro agrado...

— ¡ Cómo! ¿ tenéis, por ventura, una biblioteca en el castillo?

— Hay unos dos ó trescientos volúmenes.

— ¡ Diablo! si estuviera en libertad, no podría leerlos en lo que me resta de vida; pero en el calabozo se lee con más aplicación y los repasaría en seis años. Vamos á ver, ¿ tenéis el primer volumen de los *Anales* de Tácito, en el cual se trata de los amores de Claudio y de los desenfrenos de Mesalina? Es un libro que no he leído desde que salí del colegio, y me alegraría de volver á leerle.

— Tenemos un Tácito, señor duque; pero falta el primer volumen. ¿Queréis los otros?

— No, gracias. Tengo particular afición á Claudio, y Mesalina me ha sido siempre muy simpática; y como se me figura que nuestros augustos soberanos, con los cuales he tenido la desgracia de malquistarme, sin saber por qué, tienen muchos puntos de semejanza con aquellos dos personajes de la antigua Roma, pensaba hacer un doble paralelo á la Plutarco y mandársele á fin de que me sirviera para reconciliarme con ellos.

— Siento en el alma, señor duque, no poder contribuir á vuestro buen deseo. Pedidme otro libro, y si le hay en la biblioteca...

— Bien, dejemos á un lado los *Anales*. ¿Tenéis la *Ciencia nueva*, de Vico?

— No conozco esa obra, señor duque.

— ¡Cómo! ¿no conocéis á Vico?

— No, señor duque.

— ¡Mentira parece que un hombre de vuestra instrucción no conozca á Vico! Vico era hijo de un librero de Nápoles, y por espacio de nueve años fué preceptor de los hijos de un obispo, cuyo nombre ha olvidado todo el mundo, á pesar de que el buen señor creía que viviría en la memoria de las futuras generaciones mucho más tiempo que el de

hijo del librero. Pues bien, mientras que su ilustrísima decía misa, repartía bendiciones y educaba á sus tres sobrinos, Vico escribía un libro titulado *la Ciencia nueva*, como he tenido el honor de decirlos, en el cual divide en tres edades, que se suceden uniformemente, la historia de los diversos pueblos de la tierra, á saber: *edad divina*, ó sea infancia de las naciones, período en que todo es divinidad, y durante el cual poseen los sacerdotes la autoridad suprema; *edad heroica*, ó reinado de la fuerza bruta y de los héroes, y *edad humana* ó época de civilización, después de la cual vuelven los hombres á la edad primitiva.

Esto supuesto, como nos hallamos en la edad de los héroes, hubiera querido también establecer un paralelo entre Aquiles y el general Mack, paralelo que siendo como no podía menos de ser ventajoso para el ilustre general austriaco, me habría conquistado las simpatías del *excelente* barón, disponiendo su ánimo para que abogase por mi pobre causa cerca del marqués Vanni, de nuestro dignísimo fiscal que tan precipitadamente se largó esta mañana sin decirnos adiós.

— Hubiera sido para mí un placer ayudaros á formar vuestro paralelo, señor duque; pero no tenemos á Vico.

— Entonces, prescindamos de los historiadores y de los filósofos y pasemos á los cronistas. Vamos á ver, ¿tenéis la *Crónica del Convento de San Archangelo à Bajano*? Hallándome en clausura como un religioso, natural es que experimente cierta inclinación hacia mis enclaustradas hermanas las religiosas del citado convento. Figuraos, querido Brandí, que aquellas dignas esposas del Señor habían encontrado medio de introducir á sus amantes en los jardines por una puertecita secreta de la cual tenía una llave cada monja, inclusa la madre abadesa. Por desgracia, una de las hermanas, que acababa de profesar hacía pocos días, y que por consiguiente aun no había tenido tiempo de romper todos los lazos que la ligaban al mundo engañador, arregló mal sus cuentas, confundió las fechas y citó á dos de sus amantes para la misma noche. Los dos jóvenes se encontraron en el jardín, se reconocieron, y, en vez de echar el asunto á risa, como yo hubiera hecho en su lugar, tomaron la cosa por donde quemaba y anduvieron á cintarazos. En los conventos nunca se debería entrar con espada. Uno de los rivales quedó muerto y el otro echó á correr, dejando el cadáver en el jardín. Ya comprenderéis, querido gobernador, que era imposible decir que el difunto había llovido del cielo. Ins-

truyóse una sumaria y trataron de poner en la calle al pobre hortelano; pero éste denunció á la monjita, á la cual le quitaron la llave, lo mismo que á sus hermanas, y desde entonces sólo la madre abadesa tuvo derecho de introducir en el jardín á quien se le antojase. Esta restricción contrariaba sobremanera á dos jóvenes religiosas que pertenecían á las primeras familias de Nápoles, quienes, con esa fuerza de lógica propia de la mujer, reflexionaron que, puesto que una de sus compañeras había tenido dos amantes para ella sola, razón era que ellas tuviesen uno para las dos. Al efecto pidieron un clavicordio, mueble inocente que la más huraña abadesa no podía negar á dos pobres reclusas que no tenían por toda distracción más recurso que la música. El clavicordio les fué concedido, y en seguida le mandaron traer al convento. Desgraciadamente, la puerta de la celda era demasiado estrecha y hubo que izarle por la ventana. Pero como el mueble llegó en un domingo, en el momento en que las monjas iban á entrar en misa mayor, se aplazó la operación para después que se celebrara el santo sacrificio. La misa mayor duró tres horas, una se empleó en subir el clavicordio y otra habían echado en traerle de Nápoles: total cinco horas. De modo que nada tenía de extraño que

las pobres religiosas estuviesen hambrientas de melodía. Una vez solas, cerraron la puerta y la ventana, y abrieron apresuradamente el instrumento. El clavicordio se había convertido en ataúd: el hermoso mancebo que encerraba, del cual pensaban hacer las dos amigas su maestro de solfeo, estaba asfixiado. Segundo apuro, mucho más grave que el anterior, porque un cadáver en una celda era más elocuente que en un jardín y mucho más difícil de ocultar. El asunto llegó á divulgarse, y, como es consiguiente, produjo bastante escándalo.

Nápoles tenía entonces por arzobispo á un joven prelado sumamente rígido y severo, el cual resolvió satisfacer la vindicta pública. Llevar el asunto á los tribunales, era dar á conocer al mundo entero el escándalo que sólo conocía la capital; S. I. determinó ser único juez en aquella causa. Al efecto, fué á ver á un boticario, hizo que le preparase un extracto de cicuta lo más reconcentrado posible, cogió la redoma, se dirigió al convento y mandó llamar á la abadesa y á las dos religiosas; así que las tuvo en su presencia dividió el contenido del frasco en tres porciones y obligó á las culpables á tragar el tósigo, divinizado por Sócrates. Las infelices expiraron en medio de atroces dolores, pero

con el consuelo de que el arzobispo las absolviese *in articulo mortis*. Su Ilustrísima cerró en seguida el convento y mandó á las demás religiosas á hacer penitencia á los monasterios más severos de su orden.

Pues bien, señor Brandi, semejante texto, cuyos hechos principales acabo de indicaros, aunque tal vez cometiendo por falta de memoria algunas inexactitudes en los pormenores, me hubiera servido para escribir una novela moral del género de la *Religiosa* de Diderot, y para ocupar mis ocios durante el tiempo más ó menos largo que aún tendré el honor de ser vuestro huésped. Pero si nada de esto hay en vuestra biblioteca, dadme lo que mejor os plazca, y no por eso dejaré de estaros menos reconocido.

Roberto Brandi subió á su cuarto y eligió tres ó cuatro volúmenes que Nicolino se guardó muy bien de abrir.

Al día siguiente, á eso de las ocho de la noche, el gobernador entró en el calabozo de Nicolino, precedido de un carcelero que llevaba en las manos dos bujías.

El preso se había echado sobre la cama, aunque todavía estaba despierto. Ante aquel lujo de luz, abrió los ojos admirado: tres días antes había

pedido una lámpara y no quisieron concedérsela.

El carcelero puso las dos bujías sobre la mesa y salió del calabozo.

— ¡Calla! dijo Nicolino; ¿vais á sorprenderme agradablemente con algún sarao, querido gobernador?*

— No: sólo vengo á haceros una visita, carísimo prisionero, y como no me gusta hablar á oscuras, he mandado que trajeran luces.

— Me felicito de vuestra antipatía por la tinieblas. Pero ¿qué tenéis que decirme? porque supongo que el deseo de venir á hablar conmigo, no os habrá aguijado así, repentinamente y sin una causa exterior.

— Tengo que hablaros de una cosa de bastante importancia, sobre la cual he reflexionado mucho tiempo antes de decidirme á deciroslo.

— ¿Y habéis concluído ya vuestras reflexiones?

— Sí, señor duque.

— Entonces, hablad.

— Supongo que sabréis, querido huésped, que al entrar aquí vinisteis recomendado muy particularmente por la reina.

— No lo sabía, pero me lo sospechaba.

— Y que por consiguiente habéis debido estar en la más absoluta incomunicación.

— En cuanto á eso, os confieso que he comenzado á echarlo de ver.

— Pues bien; imaginaos, querido huésped, que desde que estáis aquí se ha presentado una señora lo menos diez veces solicitando hablaros.

— ¿Una señora?

— Sí; una señora encubierta que no ha querido nunca decir su nombre y que pretende venir de parte de la reina, á cuya servidumbre pertenece.

— ¡Calla! ¿si será Elena? exclamó Nicolino. ¡Ah! por vida mía que semejante heroísmo la rehabilitaría á mis ojos. Y, naturalmente, le habéis negado la entrada, ¿no es cierto?

— Como venía de parte de la reina, creí que su visita pudiera seros desagradable y no me atreví á dejarla entrar por temor de disgustaros.

— ¿Es joven?

— Así lo creo.

— ¿Linda?

— Lo apostaría.

— Pues bien, mi querido señor Brandi, una mujer joven y linda, aunque venga de parte del diablo, no puede nunca desagradar á un prisionero incomunicado desde hace seis semanas.

— ¿Entonces, si esa dama vuelve?...

— Dejadla entrar, ¡voto á bríos!

— Me alegro de saberlo, señor duque. No sé por qué se me figura que ha de volver esta noche.

— Querido Brandi, sois un hombre embelesador y vuestra palabra me deleita; pero ya comprenderéis que aunque fueseis el hombre más ingenioso de Nápoles...

— Preferiríais á la mía la conversación de la dama incógnita; lo comprendo, señor duque, y puedo aseguraros que mi amor propio no se resiente. Voy, pues á complaceros. Mientras tanto, no olvidéis una cosa, ó mejor dicho, dos.

— ¿Cuáles?

— Que si no la he permitido entrar antes ha sido por temor de que su visita os desagradase, y que si hoy la dejo entrar es porque me aseguráis que no os causa disgusto.

— Os lo afirmo, querido Brandi. ¿Estáis satisfecho?

— ¡ Completamente! nada me es tan satisfactorio como prestar algunos pequeños servicios á mis prisioneros.

— Sí; aunque á decir verdad, lo pensáis con bastante madurez.

— Señor duque, ya sabréis el proverbio que dice:
Más vale tarde que nunca.

Y poniéndose en pie, saludó á su prisionero con su más amable sonrisa y salió del calabozo.

Nicolino le siguió con la vista preguntándose qué mil diablos ocurría en Nápoles desde la víspera que tan extraordinario y repentino cambio había operado en la conducta de su juez y de su carcelero; aun no había podido hallar una respuesta satisfactoria, cuando la puerta de su calabozo volvió á abrirse y dió paso á una tapada que fué á arrojarse en sus brazos, alzándose el velo que le cubría el semblante.